

## El fin de la infancia

La infancia dorada, o negra, está en el centro de dos novelas, una norteamericana y otra polaca, y en el arranque –aunque no por ello deje de ejercer un omnipresente influjo sobre la historia total– de una tercera, de autor alemán\*, obras las tres que además tienen otros dos puntos en común: por un lado, son de autores prácticamente noveles (*La Saskiada* es la segunda novela de Brian Hall y la primera publicada en castellano; Tomek Tryzna es guionista de cine y *Niña Nadie* representa su estreno literario, y Bernhard Schlink, antes de *El lector*, había incursionado exclusivamente en el género policiaco), y por otro, se mueven o apuntan a contextos históricos específicos, y bien significativos, de esta última mitad de siglo: el nazismo (*El lector*), las postrimerías del comunismo en Europa oriental (*Niña Nadie*) y los

intentos *hippies* de fundar una vida comunitaria al margen de la sociedad establecida en los Estados Unidos de los años 60 y 70 (*La Saskiada*). Finalmente, las tres pretenden ser un ajuste de cuentas con las generaciones implicadas en los respectivos períodos.

Tanto *La Saskiada* como *Niña Nadie* son novelas de crecimiento o iniciación. La primera, en sentido estricto, por un par de razones, más allá de su contenido manifiesto: ante todo, el final abierto, con Saskia, la protagonista de 13 años, en condiciones ya de hacer suyos los versos de Cavafis citados por Hall (como epígrafe de la quinta y última parte del libro, aunque todo él, en realidad, es ilustración de un único poema de Cavafis, *Ítaca*, y fragmentos de éste son pórticos igualmente de las partes precedentes): «Y aunque te parezca pobre, Ítaca no te ha defraudado./Con el saber que has conseguido, con tan gran experiencia,/seguramente habrás comprendido ya para entonces/cuál es el significado de las Ítacas». Y en segundo término, el propio desarrollo del relato, gracias al cual vemos desplegarse nítidamente, como un paisaje, las distintas etapas del largo viaje espiritual de Saskia (dentro de éste, hay uno real, vigorosamente contado, de Nueva York al Ártico), con el ahondamiento minucioso en sus esperanzas, sus desasosiegos y desgarramientos, hasta el descubri-

\* Brian Hall, *La Saskiada*, trad. de Javier Calzada, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 464. Tomek Tryzna, *Niña Nadie*, trad. de Agata Orszeszek, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 336. Bernhard Schlink, *El lector*, trad. de Joan Parra Contreras, Barcelona, Anagrama, 1997, pp. 208.

miento de la soledad final, la caída de los dioses y la perspectiva, terrible pero fortificadora, de un segundo nacimiento. En este sentido, Saska se nos hace tan real –y casi tan atractiva– como el Holden Caulfield de *El guardián entre el centeno*, de Salinger, lo que no es poco decir. Incluso el libro se cierra con las andanzas, muy salingerianas, de la heroína por una ciudad de Nueva York no menos siniestra que la de aquella clásica novela de aprendizaje de la década de los 50: «...Porque si es capaz de pasar en silencio por delante de todas esas personas recostadas en los portales, que dormitan en el estupor del hambre sobre unos trozos de cartón, seguramente nadie le pedirá cuentas por tirar papeles al suelo».

En cambio, el autor de *Niña Nadie* no pretende llegar tan lejos, ni literal ni literariamente hablando. En el primer caso, el aprendizaje se frustra, se interrumpe con la muerte trágica: la novela queda cerrada. En el segundo, más que con la construcción compleja de personajes –sobre todo de Marysia, la protagonista de 15 años–, nos encontramos casi con la deducción lógica de los mismos a partir de caracterizaciones más o menos simbólicas. Así, la propia Marysia, la *niña nadie*, vendría a encarnar la Inocencia; Kasia, la primera de las dos amigas con las que recorrerá el camino de iniciación, el Bien, aunque no despojado

de cierta inquietante ambigüedad; y Ewa –el nombre lo dice todo–, el Mal a secas. Más aún, un segundo nivel de lectura nos devuelve a Marysia quizá como el velado símbolo de una Polonia que no se decide a internarse por un camino propio –la novela fue concluida en 1988, según consta a pie de texto–, por aquel «sendero de las sorpresas», «el más corto o el más largo», «el más maravilloso o el más terrible», según le propone a la heroína el ángel, o el demonio, de sus fantasías. Con lo cual no resulta extraño que la literatura, aquí, quede en cierto modo desplazada por un interés preponderantemente moral y político –urgencias comprensibles hasta cierto punto, dado lo explosivo de la situación polaca entonces y ahora–, operación que, por lo demás, quizá se haya visto favorecida involuntariamente por el oficio de guionista del autor, quien apenas parece poder sustraerse a la tentación de tratar su material novelístico como un guión cinematográfico. Esto y el simbolismo fácil ya aludido son los puntos débiles de *Niña Nadie*.

Sin embargo, lo que la novela pierde literariamente lo gana como documento de real interés sobre los últimos días del comunismo polaco –y de la Europa del Este en general– y los primeros del capitalismo desahogado en que aquél acabó, con los mismos de siempre llenándose los

bolsillos, se llamasen comunistas o renegasen hábilmente a tiempo de la inconveniente denominación. Como asimismo lo es por añadidura *La Saskiada*, en su intento de recapturar para la memoria la *época prodigiosa* de las comunas alternativas, el taoísmo, el LSD o el incipiente ecologismo, cuando cambiar la vida era algo de lo más razonable, aunque también, como se revelaría a la postre, a contracorriente de la tendencia histórica dominante y peligroso. Sus páginas están llenas de preciosos testimonios, y precisos diagnósticos, en este sentido: «Estaba escrito: el Paraíso sería violado, el Hombre caería» (p. 217); o «Siempre hubo muchos alquimistas que se volvieron locos, movidos por un impulso hacia la perfección que este mundo pecador no tolera» (p. 380); o, citando tácitamente el famoso poema *Aullido*, de Ginsberg: «Vi cómo la locura destruía los mejores espíritus de mi generación...» (p. 210). Así y todo, como lo sugiere uno de los personajes, la experiencia valió la pena: «Eran otros tiempos, un tanto salvajes. La vida se ha hecho muy aburrida desde entonces».

Por su parte, *El lector* no es un relato sobre el fin de la infancia, pero empieza en este punto, cuando el adolescente Michael Berg se despide de su inocencia entre los brazos de una modesta revisora de tranvías de 36 años. Aquí, el viaje a Ítaca será permutado por un viaje a

los infiernos, a partir del momento en que el protagonista, ya adulto, descubra que aquella mujer, a la que había amado de verdad, había sido guardiana en los campos de exterminio nazis. Un viaje que es la metáfora perfecta del que tantos alemanes felizmente instalados en sus Ítacas particulares, sobre todo los de la generación del autor (1944), tuvieron que hacer, al caer en la sospecha de que la isla maravillosa no era tal; que, con toda probabilidad, habitaban entre monstruos. Estos monstruos, padres o abuelos, son la Hanna Schmitz del relato, y, así, el viaje se presenta de antemano como una aventura condenada al fracaso, aunque insoslayable. La propia novela es el testimonio de esta patética imposibilidad. De ahí el sabor amargo, la callada conmoción que recorre sus páginas. Como constata el narrador: «Quería comprender y al mismo tiempo condenar el crimen de Hanna. Pero su crimen era demasiado terrible. Cuando intentaba comprenderlo, tenía la sensación de no estar condenándolo como se merecía. Cuando lo condenaba como se merecía, no quedaba espacio para la comprensión [...] Quería tener sitio en mi interior para ambas cosas: la comprensión y la condena. Pero las dos cosas al mismo tiempo no podían ser».

**Ricardo Dessau**

## Heidegger en su laberinto

Ernst Nolte, buen conocedor de nuestro siglo (cf. *El fascismo en su tiempo, La guerra civil europea*) examina ahora al inevitable Heidegger\*. Notoriamente, su estímulo es el variable apaleo propinado, en su momento, por Hugo Ott y Víctor Farías, quienes retrataron al filósofo de Freiburg como insanablemente nazi, antes y después del nazismo. Nolte, por paradoja, con cuidadoso recorrido por esa biografía, heideggeriana, casi toda ella libresca, intenta matizar y reducir aquella requisitoria, pero consigue el propósito contrario, lo cual prueba la excelencia de su trabajo: mostrar a Heidegger como mezquino, falaz y cutre, un nazi vergonzante que no se compromete demasiado ni se decide nunca a reexaminar su paso por el nazismo.

Desde luego, un pensador tan rico y crucial como Heidegger no puede ser reducido. No tanto porque no se

deba, sino porque se resiste a cualquier simplificación. Tampoco hemos de creer en toda su aparente complejidad. Hay en él, a menudo, pleonasmos, charlatanería, torturas lingüísticas y tartamudez intelectual. En parte porque se llevaba mal con su amada lengua alemana y la maltrataba en privado, aunque exhibiendo los resultados en público (tema para psicoanalistas: el maltrato de la amada que es, de paso, la lengua materna, la madre y el apéndice lingual). En parte porque en ese cruce de caminos se representa uno de sus dramas mayores: el intento de encaminarse a un recuperado origen por medio de la palabra, siendo que ésta no hace más que alejarnos del origen y producir incontables escisiones cuanto más la usamos y/o nos dejamos usar por ella, como las escobas del aprendiz de brujo. De ahí lo embrollado de la elocución heideggeriana y la necesidad de leerla con su propia clave, que es la trampa en la que se ha metido, o sea, como un ejercicio de revelación y veracidad, es deir, de desocultamiento.

Nolte recuerda, una vez más, la escena de la seducción heideggeriana: un metafísico vestido de campesino bávaro profiriendo unas lecciones hipnóticas e incomprensibles, tras las cuales una juventud sobreviviente de la primera guerra mundial salía fascinada diciendo: «Esto es filosofía de verdad, algo indesci-

\* *Ernst Nolte, Heidegger. Política e historia en su vida y pensamiento, traducción de Elisa Lucena, Tecnos, Madrid, 1998, 355 pp.*